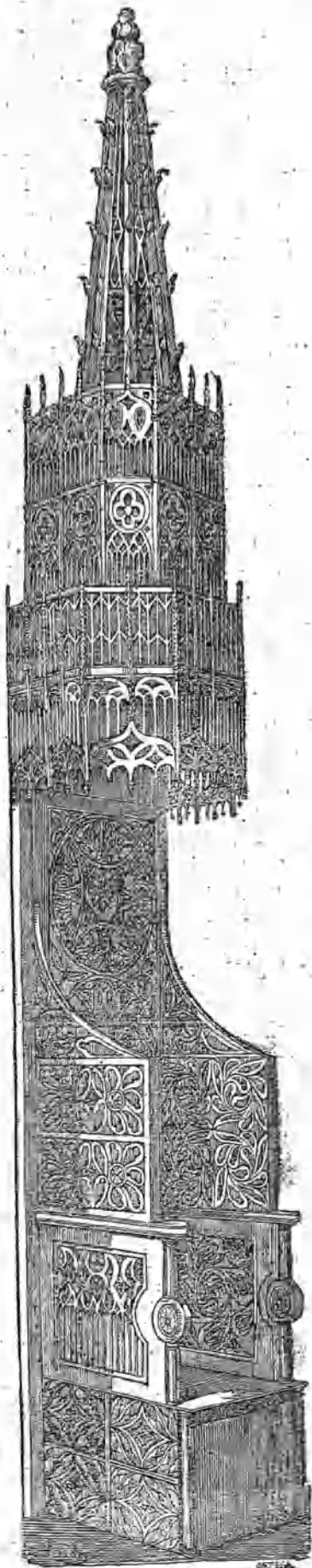


ESPAÑA PINTORESCA.



(La silla prioral de Miraflores.)

Año VII.

ADVERTENCIA.

Por no haberse podido concluir para hoy el delicado grabado del sepulcro de D. Juan II ; damos solo el de la silla prioral , de cuya belleza podrán formarse una idea nuestros lectores. El domingo próximo irá el del sepulcro.

LA CARTUJA DE MIRAFLORES.

(Conclusion.)

NADA deja que desear al simple observador ni al artista la sillería del coro de los monjes sacerdotes que por ambos costados de la iglesia corre hasta el presbiterio. Aunque las finisimas y caprichosas entalladuras de los respaldares son de la mas diligente ejecución; todo cede á la andana que á manera de comun dosel cubija á cada una de las series. Increíble pareciera, á no estarlo viendo, que el cincel hubiese podido adelgazar el nogal hasta el punto de reducirlo á hebras como si fuera de alambre, para obtener un resultado igual al que pudiera prestar el encaje mas rico labrado sin confusion y sin desorden: y con todo este lujo, con toda esta minuciosidad, ofrece sin embargo la sillería un golpe de vista magestuosísimo y severo, de tal modo que al observar aquellos sitaliales ennegrecidos con el uso; aquella oscura filigrana trazando arcos rodeados de follaje, se os figura haber prenetrado en alguna rústica ermita de la Tebaida, donde la hiedra enlazada con la enredadera silvestre crecia dilatándose á lo largo de sus paredes, y colgaba sus fúnebres girdas sobre la nevada cabeza del solitario que en lo profundo de la noche lloraba los errores de Sion al pie del ara sagrada.

Temeridad y presuncion nuestra seria querer dar una idea exacta del inimitable sarcófago, colocado en medio del crucero, bajo el cual reposan los restos del rey Don Juan el II, y su esposa Doña Isabel, pues que los ingenios mas osados han llegado á vacilar sobrecojidos de pasmo á la vista de un objeto tan eminente. La planta designa un estrellon de ocho rayos tan cuajado de estatuas, blasones, franjas, doseletes y follajes, que en vano intentará el mas sagaz escudriñador practicar por la vez primera un examen circunstanciado de cuanto concurre á la hermosura del sepulcro. La blancura del alabastro conservada con esmero añade al conjunto un caracter de opulencia verdaderamente real; los regios blasones soportados por leones, cuyas rizadas melancolias parecen agitarse con el viento, inspiran cierto respeto aunado con la idea de la grandeza hollada y abarida por la muerte; y el ropaje talar de las figuras, y los mantos de que se ven revestidos los bultos yacentes de los monarcas; y sus pliegues angulares; y las coronas caladas como si fuesen de plata, con otras infinidad de maravillosos objetos que á la vista se ofrecen, son bastante á comprehender el grado á que se remontaron las artes en el siglo de Isabel, prescindiendo de la correccion del dibujo que hasta cierto punto, y respecto á las figuras humanas, puede asegurarse era desconocida. Es constante haber sido un apellidado Gil el principal director de esta obra singular, cuya elaboracion duró cinco años; y tuvo de coste 442,677 mrs. Inmediatamente de octubre de 1642.

mente despues de su conclusion depositaron allí el cadáver del rey, el cual permaneció solo hasta el año de 1524, en que se le reunió el de su esposa la reina Doña Isabel.

En 1492 sepultaron los restos del infante D. Alfonso en un arco-sepulcral que de antemano se había preparado en la pared al lado del evangelio. Este sepulcro es como el anterior de alabastro, y se halla dispuesto en forma de altar con su hornacina de arco elíptico, dentro de la cual parece arrodillada la estatua del infante sobre mullidos almohadones, adornada de reales vestiduras, las manos juntas en actitud de orar, y delante un reclinatorio con un libro abierto sobre él. Los dos guerreros que á uno y otro lado de la escena sirven de tenantes á un escudo, bien merecen citarse por su gallarda apostura y bizarría. Mas insensiblemente caeríamos en la nota de prolijos si proyectáramos detallar los innumerables primores del sepulcro que debilmente bosquejamos, debiendo por lo tanto contentarnos con afirmar no desmerece en lo mas mínimo al de los soberanos fundadores, y que aun excede á este en la lijereza de sus adornos.

La misma inteligencia, el mismo gusto campea en el retablo mayor. Su estilo es tambien ojival florido, con numerosas estatuas sin expresion ni naturalidad, aunque enriquecidas de ropajes excelentes. Da el altar por efecto general un gran cuadro guarnecido de crestería segun el gusto del siglo XV, con un enorme círculo realizado en el centro en que se vé circunscrito un crucifijo semicolosal rodeado de ánjeles vestidos de largas túnicas con copas en las manos en ademan de recojar la sangre que el Señor destila por sus llagas. Sobre la cabeza de la cruz posa un nido de pelicano, y esta misma ave rasgándose el pecho á fin de alimentar con su substancia á sus polluelos. La inscripcion del salvador está redactada en griego y en latin.

Dos figuras llaman la atencion colocadas en dorados nichos encima de las puertas del *camarin*; sitas á los extremos del altar representando al rey fundador y á su esposa. El rey está á la izquierda, y la reina á la derecha del espectador. Se han tomado varias copias de los rostros de estas figuras calificadas de retratos.

Una estancia pequeña construida tras el sagrario, adornada de pinturas al fresco y con espaciosa ventana que comunica luz y transparencia al tabernáculo aislado en el vano de un arco sobre la mesa de altar, es á lo que dan el nombre de *camarin*. Lo primero en que se fija la vista al tiempo de entrar en él, son dos monjes cartujos de tamaño natural pintados al frente de cada puerta en accion de franquear el paso á la estancia, llenos de viveza y de expresion. En los demas ornatos del *camarin* domina el gusto depravado de Churriguera, como ejecutados en el siglo anterior.

No nos parece fuera del caso mencionar aqui las muchas pinturas colocadas en áticos de estuco relevados en el ámbito de la iglesia á una altura media de sus paredes, bien que se deje conocer quedaron sin perfeccionar en razon á su buen dibujo y método de empastar los colores, incompatible con las tintas desmayadas que en todos los lienzos se advierten. Las dos tablas flamencas que penden á los lados de la puerta principal de la iglesia y tienen por asunto la pasion de Jesu-cristo, son de un mérito especial en su género: los mismos pasajes repetidos con un acierto estupendo en todas las vidrieras del rededor de la nave seducen por lo bello de sus colores, ademas de un excelente dibujo.

En todas las iglesias de cartujos se observa una circunstancia muy extraordinaria, y son las capillas situadas fuera del cuerpo principal de la iglesia: pero ignoramos si es prescripcion de la regla ó costumbre que los monjes han adoptado por conveniencia ó fines parti-

enlâres. La primera á que conducen regularmente al viajero en esta iglesia, es á la de nuestra Señora de Miraflores; se la encuentra, del mismo modo que al camarín, pintada de arriba abajo segun el mismo sistema, expresándose diseminados muchos pasajes de la vida de la virgen, y símbolos relativos á su gerárquica pureza y bondad. Poco adorno es, y aun miserable el que decora esta capilla, si se busca el que merece la virgencita de mármol colocada en su único altar modernamente restaurado. Está la señora sentada sobre un taburete hecho de la misma piedra, dando el pecho á su hijo reclinado en sus brazos; cuyo belloza no se puede bastante encarecer. Por lo que respecta al manto de la virgen, es necesario palparle, y echar de menos los hilos del tejido, para desvanecer la ilusion que su ejecucion hace concebir. En otra capilla inmediata se veneraba la effigie de San Bruno labrada por Manuel Pereira, que ahora es la admiracion de todos en una capilla de la santa iglesia de Búrgos.

Pinturas de un valor incalculable poseia este monasterio en tiempos mas felices, que ya ó la ambición ó la ignorancia sacrificaron con mengua de nuestra nacion y utilidad del extranjero. Destino infeliz el nuestro, caminar entre tinieblas que desmienten sin conocerlo el carácter de verdaderos españoles. Estrella funesta la de nuestra envidiada nacion.

No sin razon debiéramos continuar en semejantes exclamaciones al visitar los dilatados claustros de nuestra monasterio, tan ocupados un tiempo por hombres eminentes en ciencias y virtud, como solitarios ahora y entregados al mas completo abandono. Cinco monjes, entre quienes subsiste el prior, corresponden al interés, á mas bien, á la simple curiosidad del forastero, que llega arrastrado por la fama del monumento, llenando sus deseos con aquella amabilidad y dulzura que solo puede producir la virtud y la religion. Mas aunque estos respetables varones pongan en acción todos los resortes de su laboriosidad y sufrimiento en beneficio de su *amada casa*, jamas conseguirán detener la mano del tiempo conjurada contra las cosas mas ilustres de la tierra, y cuyos efectos no se dejan sentir hasta que se hacen tal vez irremediables. En este, como en casi todos los edificios de su clase, apenas se encontrará ya punto libre de los injurias de los años, ni aun (y es lo peor) de la mano destructora de los hombres. El aire azota con furia las descarnadas paredes. Brama rabioso el huracan, y procura hacerse paso á través de los despedazados vidrios. La golondrina forma su nido sobre el purpúreo blason de D. Juan el II clavado en las bóvedas del claustro. Trepa la hiedra al rededor de la ojiva del siglo XV, y sobre los cornisones y lambesles atraiga y prevalece el rudo jaramago. Soledad espantosa reina por donde quiera: terror infunden aquellos tránsitos iluminados por el dudoso crepúsculo de las pintadas lumbreras; aquellos lugares de silencio, guaridas de aves nocturnas y horror del pasajero...! Y el eco de la campana que á cada instante prononaba el toque de la agonía, no rueda ya por las concavas téchumbres; ni la voz del religioso entona el canto de amor; ni el vaso de los perfumes envia al cielo sus olorosas ondas; ni se vé encima del ara el libro del evangelio; ni hay oblacion, ni sacrificio; ni está Dios en el sagrario.... El genio de la destruccion enarbolará dentro de poco su execrable pendon, y todo le estará sujeto; y reinará con absoluto señorío en el campo de Miraflores.

Aléjase el artista lleno de reflexiones y agitado de encontrados afectos. No sabe si bendecir á los siglos por habernos legado tan abundantes tesoros en sus mausoleos y en sus templos, ó maldedir á los hombres autores del

dano que ahora experimentan. Mit veces vuelve atrás la vista para recrearse con la imagen del edificio que va desvaneciendo sus tintas en el blanco marfil del horizonte; y cuando descendiendo á la llanura juzga mirar en la cumbre del monte un panteon circundado de chapiteles y cipreses; cuando la distancia minora los objetos y el gran monumento es pequeño en el espacio, con dificultad sabrá contener un suspiro; y este suspiro es el mas digno tributo que el hombre puede consagrar en nuestros dias á la cartuja de Miraflores.

EL ESPAÑOL Y LA VENECIANA.

NOVELA ORIGINAL.

VIII.

IMPUDENCIA Y CASTIGO.

(Véase el número anterior.)

MENHA hora hacia que se hallaba en su habitacion Luis de Laypez cuando sintió llamar á la puerta que habia cerrado por dentro. Apresuróse á abrir dando entada á una dama, que llevaba el rostro cubierto con un espeso velo, que no dejaba ver sus facciones. Luis la presentó una silla, y ocupando otra frente de la dama, aguardó á que hablase. Durante un gran rato permaneció en silencio; hasta que alzándose el velo, dijo al nuncio en tono de ironia:

—«Mi corazón era libre, pero tú lo has aprisionado en las redes del amor: cuidalo como á un tierno pajarillo, sin alligirlo con tus desvíos ni irritarlo con tu indiferencia, porque podria romper los lieros de la jaula, y perderse en la inmensidad del espacio.»

—Segun veo, contestó Luis, viene V. dispuesta á reconvenirme por haber roto unos lazos que me impuse en un momento de embriaguez.

—A reconvenirte no, pero sí á apellidarte cruel, y á llorar tu ingratitud; ya que otra cosa no pueda.

—Tanto mejor; porque de este modo lograremos entendernos, y al fin seremos amigos.

—Nada mas que amigos?

—Entre nosotros no puede haber otras relaciones: existió un afecto pasajero, que no llama á amor; el tiempo y las circunstancias lo han muerto, y será en valde cuanto logamos para resucitarlo.

—Oh! bien merecido lo tengo: si cuando tú suspirabas por mi amor, y te afanabas por conseguir una sola mirada mia, te hubiera yo despreciado, no sería olvidada tan cruelmente, ni tendria que pasar por la vergüenza de verme insultada con el desden de un hombre á quien he llenado de caricias.

—Vuelve V. señora, á las reconveniones, y lo siento tanto mas, cuanto que me habia propuesto guardar moderacion, y no sé si podré conseguirlo.

—Pues bien; insultame cuanto quieras; dime los defectos que gustes: todo lo llevo en paciencia con tal que abandones ese desden que aparece en tu rostro, y depongas la frialdad que encierran tus palabras.

—Escucha, Rosaura, dijo Luis en tono de amistad. Confieso que te he querido, y que he habido momentos en que me propuse quebrantar los lazos que nos unian. Tus encantos, el fuego de tus palabras, el at-

dor de tus ojos, y aun ese círculo misterioso en que te presentabas envuelta, fueron para mí poderosos atractivos, que me hicieron aspirar á tu amor. Cuando lo heube alcanzado despues de no poco afán, me juzqué feliz, llegándome á figurar que mi corazón se hallaba satisfecho, y podrían ser duraderas nuestras relaciones. Sin embargo, no ha sido así, y ni tus encantos, ni el fuego de tus palabras, ni el ardor de tus ojos, ni el círculo misterioso en que te envolvías, han podido cambiar mi corazón, nunca tranquilo, y siempre ansioso de alcanzar nuevos triunfos.

¿Qué quieres? soy yo dueño por ventura de hacer en una hora lo que no han podido tantos años de ajustados placeres, de encontrados afectos, de tumultuosa alegría, y aun de peligrosos desórdenes? en una palabra, ¿puedo acaso destruir el germen de mis pasiones, y apagar los ardores de mi imaginación, que vaga de un objeto á otro en una movilidad continua...?» —

Nada respondió Rosaura, cuyos ojos estaban cubiertos de lágrimas: miró á su amante con melancólica ternura, y al verle tan sereno en medio de su dolor, y con la calma de la indiferencia en su rostro, prorumpió en amargos sollozos, cual si quisiera el corazón salirse del pecho. No es extraño, porque había llegado á profesar á Luis un amor profundo, y olvidando su antigua volubilidad y sus pasados criminales estratios, juró en el delirio de su nueva pasión que estos serian sus últimos amores, y la de vivir con el gallardo mancebo su última ambición.

Cuando notó los primeros desvios de Luis, se afligió mucho, y quiso atraerle á fuerza de caricias, sin considerar que de este modo lo alejaba mas y mas, y que agotando con él todo el ardor de su pasión, ápagaba completamente el fuego ya casi estinguído en el alma de Luis.

Así que este la abandonó, atribuyó Rosaura su olvido á nuevos amores, y se dió á seguirle, sin que nada hubiese podido descubrir, hasta que Jacobo la puso al corriente de cierto lance que había presenciado entre Coralina y el jóven, á quien él mismo dió entrada en el aposento de su señorita.

Sabido esto por la cantarina, resolvió tener una conferencia con su amante, y por eso fue á buscarle á su misma casa, faltando á las leyes del decoro. En vano derramó sentidas lágrimas, rogando á Luis la volviese su amor: en vano se arrastró á sus pies mendigando una sonrisa, una mirada tan solo. Nada pudo conmover al mancebo, á quien la providencia dió sin duda en aquel instante la dureza de una roca y la insensibilidad del mármol para castigar á la infiel esposa, á la madre inusable, y á la impura cortesana.

Apenas llegó Rosaura á su casa, hizo llamar á Coralina, á quien veía muy de tarde en tarde. La jóven encontró á su madre llorando, sumida en el mayor desconsuelo y pálida como la muerte; y al verla en tan angustioso estado, no pudo contenerse, y se arrojó en sus brazos, mezclando sus lágrimas con las de Rosaura. Esta estrechó contra el corazón á su hija, que no acostumbrada á semejantes demostraciones de cariño, cedió á la emoción y á la violencia del placer, quedando desmayada en el seno de su madre.

Cuando volvió en sí la cantarina, estampó en su rostro un millon de besos, y sentándola á su lado, la contó sus amores con Luis de Laynez, los desvios de este, su última entrevista, y el rigor con que por él fue tratado. Conjuró despues á su hija á que no la arrebatare el cariño de Luis, que solo á ella pertenecía; la rogó no admitiese su amor, de que ella únicamente debía ser

poseedora, y la aseguró por último que esta pasión la llevaria al sepulcro, porque no podia vivir sino al lado de ese jóven que la habia vuelto loca.

La inocente Coralina, no viendo en la impudencia de su madre y en sus atrevidas revelaciones mas que el fuego de una pasión que la hacia desgraciada, la estrechó en sus brazos, ofreciéndola bañada en lágrimas no disputarla el amor de Luis. Para dejarla completamente satisfecha leyó la carta que este le escribió y la contestación que ella le dirigió; contó los numerosos desaires que habia hecho al jóven, y acabó rogando á su madre la permitiese volver á Italia en compañía de Matilde, pues en España no podia ser feliz, y continuamente suspiraba por el sol de Possagno, donde se deslizo su infancia, pura y tranquila como las aguas de un río.

Rosaura abrazó á Coralina con efusión, y accediendo á sus deseos, la permitió disponer su partida, y que la efectuase cuando quisiera.

De este modo la madre que abandonó á su hija cuando aun estaba en la cuna, corriendo desalada en pos de los placeres de una vida aventurera, volvió á abandonarla á todos los peligros del mundo apenas salida de la niñez, para arrojarse en brazos de los delirios, y mendigar el amor de un mancebo libertino, que harto ya de sus impuras caricias, habiala condenado al desprecio y al olvido.

IX.

CONVERSACION INTERESANTE.

Hay en la plaza de Bilbao, una taberna que es sumamente frecuentada particularmente en las primeras horas de la noche, en que los jornaleros, en vez de reposar de sus fatigosos trabajos, van allí á consumir en vino una parte de sus ganancias, legando á sus familias la miseria y el hambre. Prevista esa taberna de buenas choletas, de raciones de carnero no muy mal condimentadas, y de algunas otras viandas aderezadas con un poco de cuidado y limpieza, suele tambien ser visitada por algunos *techuguinos*, amigos de los buenos tragos y de la succulenta comida, para los que hay tres habitaciones reservadas, con mesas mejores que las destinadas á la gente de *poco pelo*, con manteles algo mas finos y aseados, y finalmente con sillas no tan roñosas y mugrientas como las que se ven en la sala comun de aquel figon.

Una tarde de febrero de 1810, en que la lluvia caía á mares, entró en una de esas habitaciones un jóven de gallarda presencia en compañía de un hombre de baja estatura, de rostro enjuto y de mala facha, que cualquiera diria era su inferior ya que no su criado, no obstante la familiaridad con que tomó asiento al lado del caballero, pidiendo una botella de buen vino, y entablado con él una conversacion seguida en tono no tan bajo que no se oyese á diez pasos de distancia ni tan alto que pudiera oirse al otro extremo del aposento.

A poco de haberles llevado el vino la tabernera, entró en la sala un hombre envuelto en un capote y con una gorra de pelo calada hasta las cejas. Antes de elegir asiento, miró fijamente á los dos que conferenciando se hallaban, y habiéndolos saludado con una leve inclinacion de cabeza, fue á sentarse junto á una mesa no muy distante, desde donde podia ver el rostro del trisdo, y aun escuchar todas sus palabras. Pidió en seguida una copa de ron, y se puso á fumar en pipa, mientras el hombre que tenia en frente saboreaba el vino, y respondia á las preguntas del mancebo.

—«Estás cierto de que se marcha? preguntó este sin cuidarse de bajar la voz.

—Al menos todos los preparativos lo indican; respondió el otro en el mismo tono.

—Y de qué ha nacido esa resolución tan repentina?

—No puedo decirlo á V., pues como la señorita es tan reservada, no lo ha manifestado á la criada que sirve á su madre, ni á mí, de quien ha tiempo que recela, sin duda porque di á V. entrada en su habitación la tarde que en ella le encontró esa Matilde que ha de acompañarla á Italia.

—¿Crees tú que no parte contenta, y que siente dejar á Madrid?

—Cuando pidió á su madre permiso para abandonar á España, lloraba amargamente, como si temiera que no había de concederle su beneplácito; pero después de haberlo alcanzado, lloró con mas amargura, como sintiendo que la hubiese otorgado esa gracia. De aquí infiero yo que no se va muy contenta; y que lucha entre el deseo de complacer á su madre, no turbándola en sus amores, y el dolor de tener que renunciar al cariño que V. la ha ofrecido.

—¿Estás en la persuasión de que me ama?

—Sí que lo estoy, y se necesitaría ser muy poco experimentado en estas cosas para no estarlo.

—¿A qué atribuyes entonces sus desvíos?

—Primeramente á su ignorancia de mundo, y después al temor que abriga de ofender al cielo, arrebatando á su madre un amante á quien adora. También tienen mucha parte en el desden con que á V. le trata los consejos de esa Matilde que la predica como un misionero, y está continuamente á su lado hablándole de honor y de virtud.

—¿Con qué será preciso que yo renuncie á la esperanza de poseerla?

—Al contrario, debe V. insistir un día y otro día, sin cejar un momento en su empresa, que ó yo no conozco bien á las mujeres, ó ha de salir á medida de sus deseos. Pero es necesario aprovechar los instantes, porque el tiempo corre, y cuando V. menos lo piense, se encuentra sin el pájaro. Sobre todo, conviene que cuando V. haya de verla sea en horas que no pueda venir la almirada Matilde á echar por tierra en un segundo la obra que tanto trabajo nos ha costado levantar.

—¿Cuál será la mas oportuna?

—Cuando su madre duerma, y su amiga predique lecciones de moral á las visiones del sueño... Puede V. venir á media noche; yo estaré en acecho, y luego que oiga en la calle un silbido, fijaré una escala en los hierros del balcón de la derecha; V. trepará por ella, y yo le llevaré á la habitación de mi señorita. ¿Qué le parece á V. mi plan?

—Excelente, Jacobo, contestó Luis de Laynez levantándose; lo acepto con júbilo, y me entrego á tu discreción. Hasta las doce; entretanto toma para que pagues el vino que has bebido» y le alargó unas cuantas monedas de oro.

Contaba el infame criado el dinero que el corrompido jóven le dió, cuando acercándose á la pipa, le puso la mano en el hombro, diciéndole en italiano.

—«Questo cavaliere è magnifico assai.»

Alzó los ojos Jacobo, y después de haberle lanzado una mirada escudriñadora, satisfecho sin duda de su examen, le dijo en el mismo idioma:

—«Magnifico e devotivo; guarda l'oro che mi á dato;» y le enseñó las monedas.

—No vale menos el servicio que vas á prestarle, pro-

siguió el otro. ¿Es bonita la jóven á quien piensa seducir?

—Sí que la es; ¡*corpo di Baco!* hermosa como la madona mas bella de nuestra patria.

—No fuera malo que bebiésemos una botella á su salud y la del jóven que la enamora; ¿te gusta mi propuesta, amigo?

—Has hablado como el mejor patricio veneciano: venga ese vino, que se me pega la lengua al paladar, y necesito preguntarte muchas cosas de nuestra patria. ¿Vienes de Venecia, de Florencia tal vez, ó de Nápoles?

—Hace tiempo que sali de Génova.

—¡Hermosa ciudad! *sangue di Diana!*

En ella nací yo, allí me crié, y aun vagaría por sus calles si Rosaura Balbini no me hubiera hecho su pago. Y tú ¿de dónde eres? ¿has nacido tambien en Génova? yo te he visto en alguna parte; ¿concurrías á la taberna de Alberto Filonio?

Iba á contestar el desconocido, cuando entró la tabernera con el vino. Jacobo se apoderó de la botella, y llenando dos vasos, presentó uno al que tenia por compatriota, y apuró el otro en un instante. Su compañero no hizo mas que tocarlo, y continuando el dialogo interrumpido preguntó á Jacobo ¿qué habia sido de la Balbini, á quien muchas veces habia oido cantar?

Jacobo, amigo, como sabe el lector, de la charla, y acalorado con los vapores del vino, le contó el casamiento de Rosaura, su ida de Venecia, el abandono de su hija, los triunfos que alcanzó en Alemania é Italia, y su venida á Madrid: le enteró de su conducta, de sus amores con Luis de Laynez, de la desesperacion en que se hallaba desde que este la habia abandonado por Coralina; y finalmente le refirió cuanto habia pasado entre la madre y la hija, poniéndole al corriente de las particularidades mas minuciosas y al parecer insignificantes.

Durante el tiempo que Jacobo empleó en su larga narracion permaneció en silencio el desconocido, escuchando con la mayor atencion, y sin hacer otra cosa que fumar y llenar el vaso de Jacobo apenas este lo vaciaba. Cuando no quedaba una gata en la botella, y vió al cristo con todos los síntomas de una próxima embriaguez, pagó en la taberna, y cogiéndolo del brazo, lo sacó fuera con la esperanza de que el aire libre haría disipar en él los vapores de la bexiga. A este efecto á pesar de la lluvia anduvo con Jacobo algunas calles, hasta que á eso de las ocho de la noche, viéndolo algo mas despejado, le acompañó á casa de sus amas, en cuya puerta le dejó.

Alzó entonces la vista hácia los balcones, y después de haberlos mirado un momento, se envolvió en su capote, desapareciendo por la calle del Caballero de Gracia.

X.

EL HOMBRE DE LA TABERNA.

Cuando el coronel de artilleria D. Joaquin de Laynez abandonó á su familia á fines de 1819, se vino á Madrid con el objeto de alcanzar la gracia de volver al servicio. Luego que la consiguió, merced á muy buenas recomendaciones y al recuerdo de sus pasadas hazañas, partió á incorporarse con su cuerpo, que se hallaba en Cataluña. Desde allí escribió en diferentes ocasiones á su esposa Margarita de Luseyana, dándole noticias suyas, y pidiéndoselas de ella y de su hijo. A poco dió Riego en las Cabezas el grito de libertad, y se trabó entre realistas y constitucionales esa lucha, que fué á cortar por en-

toques el juramento prestado por Fernando VII. Aclamada la constitución del año 12 en toda la monarquía, y habiendo vuelto á reinar, aunque momentáneamente, el orden interrumpido por el cambio de sistema, el regimiento de Laynez, uno de los primeros que repitieron el grito de Riego, fue destinado de guarnición á Mallorca, donde permaneció dos años, sin haber podido conseguir se le relevase.

Desde aquella isla escribió el coronel á su esposa varias cartas, que sin duda se extraviaron, pues ninguna llegó á poder de Margarita; quien atribuyó este silencio á olvido de parte de su esposo, persuasión que la hizo caer enferma, muriendo al cabo de pocos días.

Cuando el coronel supo esta funesta noticia por un amigo, á quien escribió pidiéndole nuevas de Margarita, se afligió en extremo, y estuvo por salir de Mallorca; á riesgo de perder su destino, y marchar á Sevilla á recoger su pobre hijo; pero calmóse su impaciencia, al propio tiempo que se mitigó su dolor al saber que Luis había sido prohibido por el tío de su esposa, hombre opulento y sin herederos.

Abolido el sistema constitucional en 1825, D. Joaquín de Laynez, que ya era brigadier, dejó el servicio, y cerrándose en Valencia se dió á conspirar á favor del muerto código, cuya ineficacia para labrar el bien del país no conocía entonces.

Descubierta la desecbellada conspiración de Valencia, emigró á Francia el general, y allí contrajo matrimonio con la cantarina Rosaura Balbini, yéndose á vivir á Italia. Sea por orgullo de familia ó de gerarquía, ó por que ahurrido de las miserias de su patria quisiese olvidar hasta el nombre español, ocultó el suyo, y se hizo llamar Rinaldo Fiori, con cuyo nombre aparece en los registros de la policía de Venecia.

Hubo momentos en que el español creyó viviría feliz con su joven esposa y su bella hija, sin acordarse de su país, al que se había propuesto no volver; mas no lo quiso así el diablo, y un día inspiró á la cantarina el deseo de admitir el amor de un joven veneciano, á quien encontró Rinaldo en su mismo lecho. Acordóse entonces de que era español, y en la sangre del amante lavó la mancha que en su honor había arrojado la italiana. Esta hoyó al día siguiente con su hijo, á quien dejó en la aldea de Póssano de acuerdo con Jacobo, su páge y confidente, y el español permaneció algun tiempo en Venecia con la esperanza de encontrar á su hija.

En vano buscó á esta, así como á su esposa: escondida la primera en el seno de los Alpes, y vagando la segunda por la Alemania, no le fué posible hallarlas.

Cansado de inútiles pesquisas se marchó á París, donde residió algun tiempo. Varias veces estuvo por venir á España á defender la libertad en los campos de Navarra; pero viendo que la lucha, promovida por los habitantes de las provincias excéntras, mas bien se dirigía á defender sus amenazados fueros, que á sostener los soñados derechos de Don Carlos á la corona, no quiso contribuir al derramamiento de sangre española, tomando parte en una guerra intestina, mantenida por nuestros propios yerros, sostenida por el oro extranjero, y llevada á un grado de espantosa ferocidad por los mismos que habrían podido regularizarla, haciéndola menos sangrienta y cruel.

Efectuado el convenio de Vergara, que puso término á esa impía lucha de hermanos, D. Joaquín de Laynez se embarcó en Marsella para Cádiz, de cuya ciudad pasó á Sevilla.

Allí supo que su padre había muerto; que su hermano se hallaba en América, y que su hijo acababa de

salir para Madrid, por evitar la persecución de que era objeto, á causa de su desafío con el marido á quien dió una estocada.

Embragado el general con los recuerdos de su infancia, y de los cinco años que vivió con la desgraciada Margarita, permaneció un año en la capital de Andalucía, al cabo de cuyo tiempo vino á Madrid.

La casualidad, ó mas bien la Providencia, hizo que al día siguiente reconociese en la calle al páge de su esposa, en el momento que se dirigía con Lolo á la taberna de la plaza de Bilbao. No dudando que también estaría en Madrid Rosaura, entró en la taberna dispuesto á saber su paradero, y el de su hija, lo que logró, merced á la charlatanería de Jacobo.

Cuando supo que su hijo trataba de seducir á su propia hermana, formó el designio de evitar ese crimen, si quiera fuese á costa de su propia sangre, y por esto acompañó al criado hasta la misma puerta de Rosaura, cuya casa quería saber. Afortunadamente Jacobo no reconoció á Rinaldo, por disposición sin duda de la Providencia, que velaba sobre la virtuosa é inocente Coralina, cuyos tormentos se aumentaban de día en día á medida que se acercaba el señalado para abandonar á España.

XI.

CONCLUSION.

Aun no eran mas que las once y media, y ya Jacobo aguardaba á Luis, asomado á uno de los balcones. Era la noche sumamente oscura, y aunque habia cesado la lluvia, las gotas que se desprendían de los tejados causaban un ruido lento y monótono, de no era muy del gusto del vija italiano. El aire sumamente frio helaba sus miembros, y esto unido á que el viento habia apagado las lincas de los faroles, y ni un solo viviente cruzaba la negra y sombría calle, empezaba á ponerle de mal humor, cuando oyó un silbido. Fijó al momento la escala, y clavando su vista de linca en la confusa oscuridad, vió subir á un hombre que, sin decir una palabra, saltó el balcon con suma ligereza, y se plantó en medio del aposento, iluminado por una pálida luz, aguardando en silencio á que el criado recogiera la escala.

Ejecutado esto, cerró Jacobo el balcon, y acercóse al hombre haciéndole señas que le siguiese; mas qual seria su asombro cuando en vez de Luis de Laynez se encontró con el desconocido de la taberna! Iba á lanzar un grito, pero se contuvo al ver en su pecho la punta de un puñal con que le amenazaba su compatriota.

«Te acuerdas de Rinaldo?» preguntó este en voz baja.

Miróle Jacobo temblando, y cayó luego á sus pies demandándole perdón.

«Te perdono», dijo Rinaldo, como hagas lo que voy á decirte. Duerme Rosaura?

—Creo que sí.

—Y Coralina?

—Hace media hora que se retiró á su gabinete.

—Puedes llevarme á la habitación de la hija, sin que lo sienta la madre?

—Cuando V. quiera, señor.

—Muy bien: escucha ahora. Me conducirás al aposento de Coralina, y despues vendrás á ponerme en accho para fijar otra vez la escala cuando oigas un silbido.

—Pero señor....

—Silencio, ó te hundo el puñal hasta el mango. Luego que venga Luis de Laynez lívale al aposento de

la joven; como si yo no estuviese en él, y déjale solo. Si haces cuanto acabo de decirte tendrás mi perdón; de otro modo no verás el nuevo día, porque á yo mismo castigo tu infamia, ó los hombres que tengo apostados en la calle te darán el premio que mereces por tus viles acciones. ¿Qué respondes á esto?»

Jacobo prometió hacer cuanto quisiese Rinaldo, y tomando una linterna sorda, lo guió por un estrecho pasadizo á un especie de corredor, cuya puerta daba á una sala que servía de recibimiento. Allí le encargó el silencio, y atravesada esa sala, le condujo á otra que alumbraba débilmente una lámparilla colocada junto á una ventana en un nicho formada en la pared, y con su correspondiente puertecilla de cristal. Iban á atravesar aquel lujoso aposento para penetrar en un gabinete que al frente se veía, cuando divisaron á la joven echada en un sofá, y que parecer dormida profundamente. El de la taberna dijo á Jacobo que se marchara, y se acercó á la joven con paso lento y mesurado.

Tenia Coralina una bata ancha y ligera, y sus cabellos sueltos caían sobre su cuello blanco como la pluma de los cisnes, y sobre sus desuados y torneados hombros. Estaba sumamente descolorida, y de sus ojos, medio cerrados, se desprendían algunas lágrimas que brillaban en sus mejillas como las perlas del rocío sobre las hojas de la pálida azucena. Rinaldo la contempló un instante, y aun hizo ademán de arrojarse en sus brazos, mas se contuvo, y fué á ocultarse en el gabinete, cuyas puertas cerró, separando los visillos de los cristales.

A poco entró Luis andando sobre la punta de los pies, y deslizándose como una sombra hacia el sitio donde reposaba la veneciana. Paróse á dos pasos de ella con el pecho oprimido por una turbación penosa, y se mantuvo un rato en pie tan cerca de la joven, que podía contar los latidos de su corazón, y respirar su embalsamado aliento.

En vano llamó á su auxilio el libertino mancebo su natural arrojo y las voluptuosas impresiones de que en lauces semejantes se había dejado arrastrar. Miraba atentamente á Coralina, y al ver su rostro embellecido por la calma del sueño; su pura frente, en que brillaba el sello de la inocencia, y su noble actitud que revelaba el candor de un alma immaculada, se sintió penetrado de un respeto involuntario, estuvo por renunciar á su empresa, y marcharse como había venido; pero un poder sobrenatural encadenaba su voluntad, echaba grillos á sus pies, obligándole á no moverse de allí.

Diez minutos hacía que se hallaba como encantado, cuando oyó un ligero ruido en el gabinete; dirigió á él sus ojos, y al ver que se movían las cortinas, creyó que detrás de ellas se hallaba el ángel de la inocencia batiendo sus alas, y por un movimiento repentino cayó de rodillas ante la veneciana que despertó asorada.

Cuando la joven vió en su caseto á Luis, lanzó un grito, y poniéndose en pie, corrió á encerrarse en su gabinete, mas al entrar le salió al encuentro un hombre, cuya presencia la hizo retroceder exhalando dolorosos ayes. Dirigióse entonces hacia la puerta que daba á la sala-recibimiento, é iba á desaparecer por ella ligera como una flecha, cuando su madre, pálida, desgreñada y en completo desorden, la detuvo, recibiendo en sus brazos.

Mientras tanto había Luis amartillado una pistola, y amenazaba al desconocido, que inmóvil como una roca le miraba con la mayor serenidad, y sin muestra alguna de turbación.

Rosaura y Coralina corrieron desahucadas á interpo-

nerse entre los dos, á tiempo que Luis disparaba la pistola, cuya bala fué á clavarse en la pared del gabinete, haciendo al pasar mil pedazos los cristales de la puerta.

La cantarina miró al que creía herido, y á poco se arrojó á sus pies, exclamando en acento dolorido: «Dios mío ¿es mi esposo!...» Coralina iba también á echarse á sus pies; pero Rinaldo la estrechó en sus brazos, y clavando sus ojos en Luis de Laynez le dijo con voz de trueno:

«Ven á arrebatarme á tu misma hermana, joven insensato; ven á seducir á la hija de tu padre, después de haber manchado su honor, disfrutando las caricias de su esposa.»

Luis se cubrió el rostro con ambas manos, y presentando luego á su padre otra pistola, le dijo sumamente consternado:

«Castigue V. mis extravíos; merezco la muerte, y estoy dispuesto á recibirla.»

Al oír esto el general se desprendió del cuello de su hija, y abrazó á Luis, apresurándose los tres á dar ayuda á Rosaura, que yacía en el suelo, inmóvil y sin la menor señal de vida.

APÉNDICE.

Quince días después de esta escena en el aposento de la veneciana, abandonó á España D. Joaquin de Laynez, conocido en Italia por Rinaldo Frioli, y en compañía de Coralina y de su amiga Matilde se fué á vivir á Possagno, aldea situada no lejos de Venecia.

También Rosaura salió de Madrid, encerrándose en el convento de agustinas descalzas de Roma, donde se halla hoy haciendo una vida muy ejemplar.

Luis de Laynez permaneció en Sevilla algun tiempo cuidando á su anciano y achacosos tío. Luego que este murió legándole sus cuantiosos bienes, los redujo Luis á metálico, y habiendo enviado á su hermana una considerable cantidad, resuelto á viajar durante algunos años, se embarcó en el *Admiral Nelson*, bergantín que de Cádiz salía para Inglaterra el 20 de diciembre de 1844.

Al bordo de ese buque le conocí yo, y en él me contó los anteriores sucesos, una noche que el viento gemía débilmente entre las velas, y la luna lanzaba sus plateados rayos sobre las tranquilas ondas, blandamente mecidas por una brisa casi imperceptible.

JOSÉ MANUEL TENORIO.

CRÍTICA LITERARIA.

Entre la multitud de publicaciones que diariamente anuncia la prensa matritense, nos ha llamado la atención una cuyo prospecto ha circulado la *Revista de Madrid* y otros periódicos, y cuya primera entrega tenemos á la vista. Su título es: *Personajes ilustres del siglo XIX, por uno que no lo es* (1); y lleva por epígrafe unas palabras de Norvins, que dicen: «La biografía es el arte de ren-

(1) Librerías de Jordan y de Cuesta. Diez reales cada cuatro entregas.

nie el personal de la historia, de las ciencias, de las letras, de las artes y de la sociedad»...

Esta publicación, evidentemente inspirada por la *Biographe des hommes du jour* que tan popular está siendo en el vecino reino, es una felicísima importación, que honra al autor, tanto más cuanto que comprendiendo la necesidad de dar en cada país la respectiva importancia á sus hombres célebres, y no escaseando el nuestro de notabilidades en todos conceptos, vendrá á formar una obra original en esta parte, aumentando su interés con la narración de las vidas de los personajes extranjeros, cuyos hechos y cuyos escritos tienen tanta influencia en nuestra propia civilización.

De esta manera al lado de los Jovellanos, Godoy, Torrens, Martínez de la Rosa, Espartero y Fernando VII alternarán los Chateaubriand, Metternich, Welington, Thiers, D. Pedro de Braganza y Luis Felipe; así los Lamartine, Walter Scott, G. Sand y Balzac, como los Quintana, Lista, Saavedra y Breton; los Hogart, Canova, Vernet y Delaroché, como los Álvarez, Lopez, Madrazo y Villanueva; llenando el vacío que se advierte en la obra francesa, respecto á los individuos pertenecientes á otras naciones, y en especial á la nuestra.

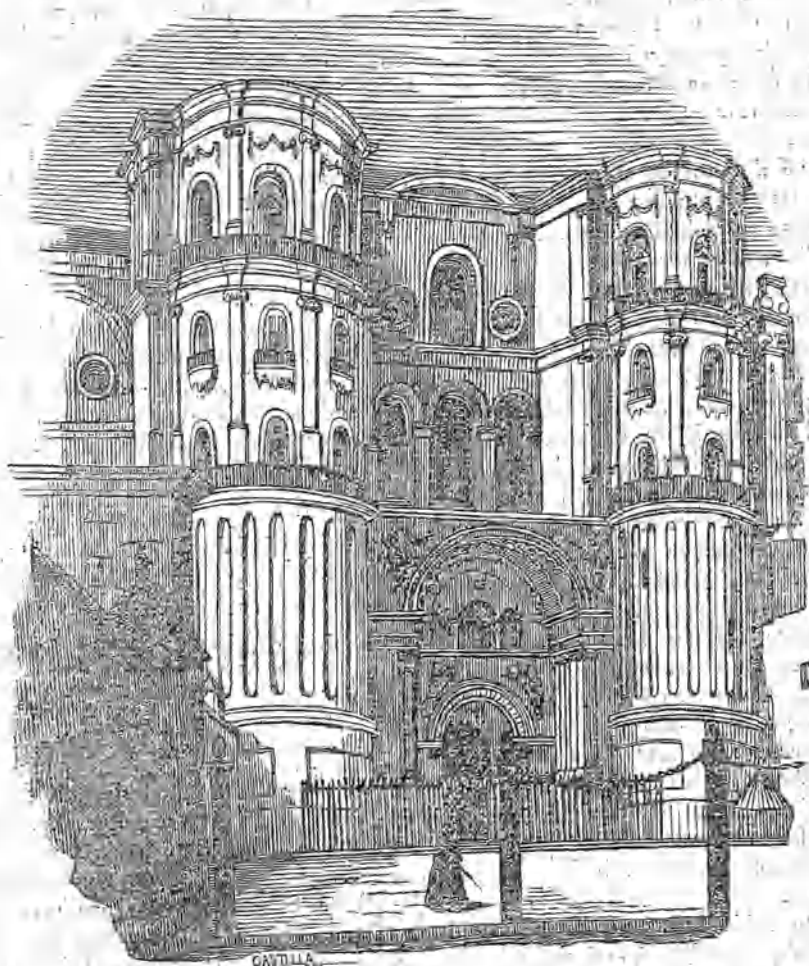
Por la muestra que nos presenta la primera entrega que comprende la biografía de Jovellanos, debe inferirse que el autor comprende bien la exactitud, buen orden, oportunas reflexiones y seltura de estilo que exigen para hacerse interesantes escritos de esta clase, y es una garantía segura de su acierto en las sucesivas. De una extensión conveniente para desplegar el carácter y los hechos

principales del personaje, no llega á abusar de la paciencia del lector con importunos detalles, ni estenso discurso, de suerte, que llena completamente su objeto, sin perderse en su inmensidad.

La parte material es también una circunstancia que dá gran realce á esta obra, pues que á una gran belleza y corrección tipográfica, reúne el mayor esmero y semejanza en los retratos litografiados que acompañan á cada entrega, dibujados por el acreditado artista Sr. Camaron, de suerte que en esta parte también lleva infinita ventaja á la obra de París, que también tenemos á la vista. Tiempo es ya de que procuremos dar á las producciones de nuestra prensa aquel grado de belleza que alcanzan las extranjeras; y no sirvan, en los gabinetes y librerías de otras naciones, de padron de mal gusto como hasta aquí.

Por último, el precio es sumamente económico, pues que cada entrega de dos ó tres pliegos de impresión con buen papel, retrato y lindas cubiertas, cuesta solo 2 y medio reales por suscripción.

No podemos, pues, dejar de congratularnos por esta publicación; y solo nos atrevemos á insinuar al autor que en la elección de los personajes proceda con la debida economía, dando solo lugar á aquellos realmente populares, y cuyos hechos, cuyas obras artísticas, cuyos trabajos literarios, hayan tenido influencia en este siglo agitado, pues lo contrario sería formar una larga letanía de nombres, imponiéndole al público nuevas celebridades sobre las que él, juez único, se digna conceder.



PUERTA LATERAL DE LA CATEDRAL DE MALAGA.